

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 9 Julio de 1892

Núm. 6.º

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES 221 Y 223



LA LECTURA
CUADRO DE J. SANT

SUMARIO

Texto.—Crónica, por C.—Los fantasmas del señor Redoux, por VILLIERS DE L'ISLE ADAM.—Las golondrinas (conclusión), por E. DE MIER (ilustraciones de A. DE RIQUER).—El maldiciente, poesía (DEL ROMANCERO GENERAL).—Limpios y amarrados (en Toledo), por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo).—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.—Charada.—Cuadro mágico.—Advertencias.

Grabados.—La lectura, cuadro de J. SANT.—El toque de oración, cuadro de JOSÉ WOPFNER.—Todo por el arte, novela viva (continuación), por APELES MESTRES.

Crónica

UNA nueva historia de espionaje (y con ésta van ya no sabemos cuántas) ha ocupado mucho á la prensa francesa días pasados.

Resulta que un ordenanza del ministerio de Marina ha sido sorprendido en flagrante delito de sustracción de documentos reservados. Se han encontrado en su casa copias de informes relativos á la defensa de las costas, acerca de los cuales se había recomendado el mayor sigilo.

Lo grave es que el culpable ha declarado que facilitaba estas copias á Mr. Borup, agregado naval en la legación de los Estados Unidos, el cual se supone que los vendía á Italia y á Alemania.

Mr. Borup niega enérgicamente, pero el ordenanza insiste no menos enérgicamente en su acusación.

Como está de por medio la inmunidad diplomática, el asunto ha quedado estancado, aunque sin poder impedir que los periódicos hagan toda clase de suposiciones.

Se nos figura que desde hace tiempo á nuestros vecinos se les antojan los dedos... espías.

* * *

No se gana para conflictos.

Entre las dos últimas semanas estalló el de los telegrafistas, que por espacio de algunos días tuvo paralizadas las corrientes eléctricas y suspendida la circulación de los telegramas en toda España.

Las distancias, que el telégrafo suprime, recobraron en esos días su antigua autonomía. Se ha hablado mucho de los inmensos perjuicios ocasionados al comercio, por esta restauración de las leyes del espacio; pero se nos figura que ha habido en los cálculos hechos con este motivo exceso de pesimismo, pues no se tiene noticia de que el suceso haya originado ni una sola quiebra, cuando tantas origina el telégrafo en actividad, que, como todo el mundo sabe, es un gran jugador de bolsa.

De qué manera los telegrafistas pudieron entenderse para verificar su pronunciamiento en un momento dado y obligar á las noticias á contentarse con la locomoción al vapor, no está aún bien averiguado; pero harlo se sabe que al manipular los aparatos para el servicio público no dejan nunca de tener establecido su servicio privado.

El caso es que en la hora, mejor dicho, en el instante convenido, todos los hilos, que oyen desde tan lejos, se volvieron sordos, salvo aquellos que, según se cuenta, contestaron con una insolencia á las preguntas que les fueron dirigidas.

Esta indisciplina de la electricidad tenía ya precedentes

en España, como que á otra igual se debe, en gran parte, el éxito de la revolución del año 68.

He aquí un curioso episodio de aquella insurrección telegráfica, rigurosamente histórico:

El general C., que se hallaba en Valladolid con una división, engañado por la sordera ó los embustes del telégrafo, consideró la causa del gobierno irrevocablemente perdida y se metió en un tren, con ánimo de pasar á las Provincias Vascongadas. Pero la electricidad, que manipulaban empleados adictos al pronunciamiento, le tomó la delantera, y al llegar á Dueñas el general fué sacado violentamente del vagón por una turba de furiosos que le hubieran seguramente despedazado, sin la intervención de una persona influyente de la localidad, que consiguió arrancarle de sus manos por medio de un piadoso subterfugio, y que en las altas horas de la noche protegió su evasión en otro tren. A pesar del sigilo con que salió el general, no pudo sustraerse á la inspección de la oficina telegráfica; así es que al llegar á Miranda se encontró ya la estación ocupada por una multitud, en las mismas ó peores disposiciones que la de Dueñas. Un destacamento de la guardia civil prevenido á tiempo, pudo al fin libertar al fugitivo, pero no pudo evitar que pasara algunas horas horribles suspendido entre la vida y la muerte.

Recordamos este hecho lamentable para demostrar que es siempre asunto grave que los telegrafistas hagan suyo un servicio público de tanta importancia, cuya dirección incumbe exclusivamente al gobierno, mandatario de la nación. Por grandes y legítimas que sean las razones del descontento de esos empleados, no se les debe tolerar la huelga, que hiere tantos intereses en el orden político y en el privado, y que en momentos dados, puede determinar hasta un conflicto nacional.

La cuestión merece estudiarse.

Hartas corrientes indisciplinadas se toleran.

Conserve al menos el gobierno en su mano las de la electricidad.

* * *

El Congreso ha suprimido al fin la franquicia que gozaban los cuerpos colegisladores en materia de correos.

Tanto se ha abusado, que esta era una medida de decoro para las Cortes.

La renta del timbre está de enhorabuena.

Uno de estos días hemos visto cartas de la administración de un periódico con el timbre del Congreso.

No hemos conocido abuso más desvergonzado.

* * *

También vendrá á cortar otro grande abuso el arrendamiento de las cédulas personales.

Nadie paga la de la clase que le corresponde, sino por su voluntad, pues los encargados de la recaudación pasan por todo, con tal de quedarse con algo.

Ahora se hilará más delgado.

* * *

Refiriendo la salida del puerto de Barcelona con dirección á las insalubres islas de Fernando Póo de siete jóvenes misioneros del Corazón de María, un periódico cita estas hermosas palabras que uno de ellos dirigió á su madre, que iba á despedirle deshecha en llanto:

«En este vapor (el *Veracruz*) vienen varios comerciantes que arriesgando su salud y su vida, van también á Fernando Póo por un lucro material é incierto. ¿No es más

justo que vayamos nosotros para instruir y salvar á los infelices salvajes, que en número de más de 40,000 en la sola isla de Fernando Póo, viven como bestias en medio de aquellos inmensos bosques?»

Sólo el espíritu cristiano, sólo la religión verdadera, es capaz de inspirar estas sublimes inmolaciones del egoísmo.

Si fuera posible que desaparecieran, con ellas desaparecería la civilización del mundo.

* * *

Con gusto hacemos mención de los elogios que la prensa de la República Argentina tributa al capitán del vapor *Antonio López* de la Compañía Trasatlántica Española, por el salvamento del vapor español *Pelayo*.

Navegando éste con rumbo para Buenos Aires, se le rompió la hélice, produciendo la apertura de un boquete por el que entraba el agua en gran cantidad. Inutilizada la máquina y con semejante vía de agua, la tripulación subida sobre cubierta temía á cada momento una catástrofe.

El 12 se avistó un buque norte-americano, que se hizo el sordo y el ciego á las peticiones de auxilio que se le dirigieron, pero poco después llegó el *Antonio López*, que se apresuró á dar al *Pelayo* un calabrote y á remolcarlo hasta San Vicente de Cabo Verde, donde pudo fondear el día 14.

La tripulación del *Pelayo* está agradecidísima por este rasgo que no hay necesidad de elogiar, porque es natural y propio de marinos españoles.

* * *

El drama *Thermidor* de Sardou, estrenado últimamente en el Teatro Lírico de Barcelona, es una obra escrita con vigor y con grande habilidad dramática. Es, además, un acto de valor, pues hasta ahora ningún autor francés se había atrevido á hacer verdadera historia de la revolución, en el teatro. Hay en el drama situaciones que avasallan el interés, naturalmente traídas, y superiormente desarrolladas. Alguna de ellas pareció, y con razón, de tonos demasiado crudos; pero no debe extrañarse que Sardou hiciese esta concesión á los prejuicios del público, acostumbrado á ver siempre triunfar de todos los deberes á la pasión amorosa. La intención histórica y moral del asunto resulta, sin embargo, y es una victoria y casi un *tour de force* dramático, haber hecho tragar al pueblo de París una obra que, á pesar de alguno que otro tributo mañosamente pagado á las preocupaciones de secta, es un ataque á fondo á la revolución.

La señora Tubau desempeñó á maravilla el hermoso y simpático papel de la heroína, y aunque muy aplaudida, dados los usos corrientes, nos parece que no lo fué tanto como merecía. Con poca fortuna desempeñó el señor Guerra el de *Marcial*, que, aunque amante vulgar y patriota declamador, tiene una parte considerable en las escenas capitales de la obra. Mucho más acertado estuvo el actor que desempeñó el papel de *Labussiere*, que sólo elogios merece. En la escena de los procesos del tercer acto, tuvo momentos felicísimos.

Con muy pocas supresiones, el traductor hubiera podido hacer de esta obra palpitante, un drama que quedaría en el repertorio de nuestro teatro.

* * *

Gedeón, que se encuentra en todas partes, decía al salir de la representación á uno de sus amigos:

—Ningún crítico ha dado con el principal defecto de esta obra.

—¿Y cuál es? le preguntó el amigo.

—Que el título no está justificado. Se llama *Thermidor*, y yo no he visto en todo el drama salir á este personaje. ¿Qué razones habrá tenido Sardou para ponerle semejante seudónimo?

C.

Los fantasmas del señor Redoux

Una noche de Abril de uno de estos últimos años, el señor Redoux, apreciable ciudadano de París y ex-alcalde de una población del centro de Francia, se encontraba en el Baker-street de Londres.

Este respetable padre de familia, quincuagenario, razonablemente grueso, alegre, expansivo y al mismo tiempo hombre de negocios sumamente práctico, no podía, con todo, al hallarse solo y concentrado en sí mismo, escapar á la persecución de ciertos fantasmas que á veces surgen del cerebro de los más importantes industriales. Dicen los alienistas que el cerebro de un industrial retirado del negocio es un mundo de misterios, cuando no de horrores. Así, pues, cuando el señor Redoux, retirado en su gabinete, se abandonaba á turbias imaginaciones de las que nunca habló palabra á persona alguna, sucedía á menudo que la quimera descuidadamente acariciada iba volviéndose despótica y avasalladora hasta el punto de imponer su realización. Pero apenas el más ligero incidente de la vida real venía á despertar sus sentidos, el señor Redoux, perfectamente dueño de sí mismo, sabía disipar la quimera con un profundo suspiro. De manera que aquella propensión morbosa no le traía grandes consecuencias. Pero hacía ya tiempo que, como hombre circunspecto y ordenado que era, y desconfiando de este punto flaco de su temperamento, se había impuesto un régimen de sobriedad, y procuraba evitar toda emoción que pudiera suscitar en su cerebro cualquiera aparición inoportuna. Se abstenía principalmente de beber por temor de que la embriaguez le llevara entonces á realizar uno de aquellos pruritos insensatos de que se avergonzaba al día siguiente.

Aquella noche, pues, el señor Redoux se había distraído de sus propósitos, y, sin pensarlo, se había permitido comer muy bien en casa del comerciante con quien, á los postres, había cerrado el pingüe negocio objeto de su viaje á Inglaterra, sin advertir que los insidiosos vapores del Oporto, del Jerez, de la cerveza y del Champagne iban empañando poco á poco la lucidez de su espíritu. De pronto, una instintiva prudencia le hizo retirarse á su casa, siendo todavía temprano, y cuando estaba en camino de ella le sorprendió un repentino chubasco. Fué á refugiarse bajo un portal, que por casualidad fué el del famoso museo Tussaud, y una vez allí, ¡bah! para matar el tiempo y estar en sitio abrigado, hasta un poco por curiosidad, el bueno del ex-alcalde tiró el cigarro y subió á ver las figuras de cera.

Al momento de entrar en la larga sala, sitio de extraña reunión de todos aquellos personajes ficticios, de inmovilidad dudosa, con vestidos heterogéneos y llamativos, coronados la mayor parte de ellos, especie de macizos figurines de la historia, Redoux se estremeció. Allí, en el fondo, sobre el estrado del cuarto de los horrores, y domi-

nando toda la sala, había visto un objeto: era el aparato que, según atestiguaban auténticos documentos, sirvió un día en Francia para ajusticiar al rey Luis XVI. Precisamente aquella noche los directores del Museo habían sacado dicho aparato del reservado en que lo tenían para mandar hacer en él algunas reparaciones necesarias: parece que la base se carcomía.

Al aspecto de la máquina, cuya procedencia sabía por el prospecto, el oportunista-liberal (gracias tal vez á lo bien que le había ido todo aquel día) se sintió inclinado á cierta generosidad moral hacia el rey mártir. Sí; prescindiendo de todas las opiniones y dispuesto á condenar cualquier exceso, su corazón se conmovía en favor de la augusta víctima evocada por aquel aparato histórico. Y como en su naturaleza inteligente, bien definida, pero demasiado impresionable, las emociones se hacían en seguida profundas, el señor Redoux apenas alargó una vaga mirada á la abigarrada multitud de personajes de cera cubiertos de oro, de seda, de perlas y de púrpura. Dominado por la impresión de *aquella* guillotina, meditando sobre el gran drama del pasado, vió allí cerca un zócalo sobre el cual se alzaba un Shakespeare de cera, de parecido más ó menos aproximado, y se sentó en un banco junto á él, como buenos compañeros.

A los temperamentos exuberantes cualquiera emoción les hace expansivos; así es que el ex-alcalde, al advertir en el mismo banco un vecino (francés, según todas las apariencias) que parecía reflexionar como él, dirigióse á aquel compatriota probable y, en tono de lamento, pronunció, como para tantear el terreno, algunas palabras vagas sobre «la impresión *casi* triste que causaba *aquella* siniestra máquina, *respetando la opinión de cada cual.*»

Pero, mirando con atención á su interlocutor, el buen señor calló de repente un poco mortificado, pues comprendió que se había dirigido á una de esas engañosas figuras que los directores de tales Museos sientan maliciosamente en los bancos destinados á las personas de verdad.

En seguida oyó avisar en voz alta que era hora de cerrar el Museo. Las luces fueron apagándose, y los últimos curiosos, al retirarse como á pesar suyo, echaban una última mirada en derredor, esforzándose en resumir sus impresiones.

* * *

Aquella impresión malsana del señor Redoux, mezclada con cierta excitación mórbida, le había penetrado hasta lo más íntimo, transformándose en una obsesión de intensidad inusitada, en una especie de cascabeleo que sentía dentro de su cráneo. Ni siquiera intentó resistir á la invasión.

—¡Oh! pensó, ¡quién pudiera darse á sí mismo (sin peligro, por supuesto) las terribles sensaciones!... ¡porque debieron ser terribles!... que experimentó el buen rey Luis XVI sobre la tabla fatal... ¡Figurarse ser él mismo!... Oír otra vez, con la imaginación, el redoble de los tambores, la frase del cura Endeworth de Firmont... Después, desahogar la generosidad moral dándose el lujo de compadecer... pero allí mismo, con la sinceridad de la impresión, y prescindiendo de las opiniones políticas... á aquel digno padre de familia, á aquel hombre demasiado bueno, demasiado generoso, con el cual él, Redoux, se encontraba ciertas semejanzas... ¡Qué bellas lágrimas podrían derramarse! ¡qué sublimes instantes aquellos! Pero para darse este placer era menester ante todo poder estar solo delante de aquella guillotina. Entonces, en

secreto, sin ser visto de nadie, se entregaría con toda libertad al deleite de la emoción solitaria...

—¿Cómo lo haré? pensaba el dignísimo señor Redoux.

Tal era el estrambótico fantasma que cabalgaba en su espíritu, ya propenso á esas fiebres, y desvanecido ahora por los vapores de los vinos franceses y españoles.

Contemplaba la parte inferior de los montantes, cubierta aquella noche con una funda que ocultaba la cuchilla, sin duda, pensaba el señor Redoux, para evitar la vista de ella á las personas muy impresionables, que ciertamente no tienen empeño alguno en ver cosas como estas. Esta vez, no había remedio, la manía *quería* ser realizada y, venciendo las sombras de toda dificultad, sugirió al señor Redoux una astucia luminosa.

—¡Bravo!... ¡esto es!... murmuró. Después llamaré á la puerta hasta que me abran... Tengo fósforos, me bastará un mechero encendido... *media luz trágica.* Luego diré que me he dormido, daré media guinea al mozo... la cosa lo vale...

La luz del crepúsculo se iba extinguendo en la sala: en un extremo se veía moverse el farol del guardián: las sedas, los oropeles de las figuras lanzaban destellos: el guardián se fué acercando al señor Redoux: éste, de pronto, se puso inmóvil mirando al vecino de cera: su sombrero de anchas alas, sus manos sanguíneas, su faz rubicunda, sus ojos medio entornados, fijos, los pliegues de su larga levita, toda su persona envarada, sin respiración hubieran engañado á cualquiera. Así es que en aquella casi oscuridad, el guardián del Museo, al pasar junto al señor Redoux, sea que no se fijara en él, sea que lo tomara por una nueva adquisición del Museo, le pasó ligeramente el plumero por encima comò á las demás figuras, y se alejó. Un momento después cerráronse las puertas, y el señor Redoux, triunfante, pudiendo al fin realizar una de sus fantasmagorías, quedó completamente solo en las azuladas tinieblas de la sala, sembradas de puntos brillantes.

Caminando de puntillas por entre aquellos misteriosos personajes, llegó hasta el estrado y subió lentamente los escalones hacia la lúgubre máquina que dominaba toda la sala. Redoux cerró los ojos para *recordar mejor la escena*, y no tardaron en rodar por sus mejillas gruesas lágrimas. Al derramarlas pensaba en aquellas que fueron la única defensa que del rey hizo el viejo Malesherbes, cuando al ir á pronunciar su discurso rompió en llanto ante la «Convención Nacional» sin poder articular ni una sola palabra.

—¡Desventurado monarca! exclamó Redoux sollozando; ¡cuánto debiste sufrir y qué bien comprendo tus sufrimientos!... Pero desde niño te habían inclinado mal... Fuiste una víctima de la necesidad de los tiempos... ¡Cuánto te compadezco desde el fondo de mi corazón! Un padre de familia puede comprender á otro... *tu* único delito fué el ser *rey*... pero ¿por ventura no he sido yo *alcalde*?... Y el compasivo burgués añadía con voz de sollozo, y con ademán de sostener á alguien:—Vamos, ánimo, señor!... Todos somos mortales... Díguese V. M...

Después, mirando la tabla y moviéndola, murmuraba:

—¡Y pensar que él se estiró aquí mismo!... Parece que nuestra estatura era casi igual... y que era también, grueso como yo... Y la tabla está todavía firme... Ya sobre ella el rey ¿qué pensaría en aquellos supremos momentos? ¡En tres segundos su mente habrá recorrido... siglos enteros!... ¡Ea! yo no tengo que temer aquí á Sansón; me tiendo un poquito... sólo para saber... para sentir... moralmente, es claro...

Diciendo esto el dignísimo señor Redoux tomó una expresión resignada, casi sublime; se inclinó poco á poco... y se echó sobre la báscula tentadora; de manera que pudo contemplar la curva cóncava de las dos medias lunas, la superior y la inferior, separadas como una boca abierta.

—Meditemos... meditemos aquí, decía Redoux; ¡qué angustias debió pasar!

Y llevaba el pañuelo á los ojos.

La tabla se prolongaba en plano inclinado hacia los montantes. Redoux, para ponerse mejor, hizo un pequeño movimiento hacia arriba y se encontró justamente con el cuello apoyado en la media luna inferior.

—Sí, rey desgraciado, te comprendo... y me consuela pensar que una vez aquí ya te queda poco que sufrir...

Dicho esto, al querer levantarse, hizo un movimiento, y oyó á la derecha de su cabeza un ligero ruido seco: *crrik*. Era la media luna superior que, tocada sin duda en un resorte por el movimiento del ex-alcalde, se deslizaba y bajaba á aprisionar su cabeza.

A tal sensación, el dignísimo señor Redoux forcejeó á derecha é izquierda; era tarde, había caído en la ratonera. Por más que sus manos tentaban los montantes, el resorte libertador no parecía.

¡Cosa singular! este incidente le volvió al instante á la realidad. Después, sin transición, se puso blanco como el yeso, y sintió que la sangre corría por sus arterias con horrible velocidad; sus ojos turbios y extraviados rodaban vertiginosamente con loco terror; rechinaba de dientes y su cuerpo frío y tembloroso se envaraba. Porque si bien en su fantasmomanía se había dicho á sí mismo que el *verdugo Sansón no estaba allí* y que nada tenía que temer, el caso era que á siete pies de altura sobre su cuello estaba suspendida la cuchilla con un peso de cien libras encima, que toda la montura estaba carcomida y los resortes enmohecidos, y que palpando los montantes á la ventura como estaba haciendo, se exponía á tocar el botón que hace caer la *cosa*.

Entonces... entonces su cabeza iría á rodar á los pies de cera de aquellos fantasmas, que ahora le hacían el efecto de una especie de público que aplaudía la ejecución, pues los reflejos del farol vacilando sobre aquellas fisonomías animaba su impasibilidad. Todos aquellos ojos le observaban y parecían aguardar...—¡Socorro! gritó ya con estertor; pero no se atrevió á gritar de nuevo temiendo que la sola vibración de su voz bastara á!!... Y esta idea fija ponía su frente lívida, estiraba sus mofletes bonachones, sentía hormigueos en el cráneo, y era que en medio de aquel silencio sepulcral y ante el horroroso absurdo de una muerte como aquella, sus cabellos y su barba iban poniéndose blancos, blancos... Los minutos le envejecían como si fueran años. De repente sintió un crugido... y quedó desmayado. Al volver en sí al cabo de dos horas el frío sentimiento de su situación le hizo saborear una nueva especie de tortura íntima, hasta que súbitamente oyó el roer de un ratón en los montantes, y entonces le dió un síncope de verdad.

Al abrir los ojos se encontró medio desnudo en un sillón del Museo, rodeado de mozos y de obreros que le friccionaban con paños calientes, le hacían aspirar álcali y vinagre y le daban golpes en las palmas de las manos.

—¡Oh!... balbuceó con horror al mirar con aire extraviado la guillotina en el estrado. Luego, más repuesto, murmuró:—¡Qué sueño!... ¡qué noche... bajo la espantosa cuchilla!

Después en pocas palabras quiso explicarse: «Movido

por la curiosidad... había querido ver... había resbalado en la tabla... las medias lunas le habían cogido la cabeza... le habían hecho perder el conocimiento.

—Se ha alarmado usted sin motivo, caballero, le dijo el mismo empleado que le había pasado el plumero la noche anterior.

—¿Sin motivo?... logró decir penosamente el señor Redoux con un nudo en la garganta.

—Sí: porque las medias lunas no tienen resorte, y, con un poco de maña, usted mismo podía separarlas sin gran esfuerzo. En cuanto á la cuchilla... dijo el mozo sonriendo y quitando la funda vacía, hace dos días que está á componer.

A estas palabras el señor Redoux se puso en pie, miró y quedó con la boca abierta.

Después, al verse casualmente en un espejo, envejecido de diez años, dió silenciosamente y con lágrimas (esta vez sinceras) en los ojos, tres guineas á sus libertadores, tomó el sombrero, y salió del Museo dirigiéndose al hôtel á hacer su maleta.

Al llegar á París por la noche fué á que le tiñeran el pelo antes de entrar en su casa, y no dijo ni una palabra de la aventura.

Hoy ocupa alta posición en una de las Cámaras y se sujeta rigurosamente al régimen adoptado contra los fantasmáticas. El respetable *leader* jamás ha olvidado aquella lamentable noche.

* * *

Hace pocos años, encontrándose el señor Redoux en un salón, en medio de un grupo en que se comentaban los lamentos de ciertos periódicos sobre la muerte de un desterrado de extirpe real, uno de los miembros de la extrema derecha pronunció de repente las siguientes comprometedoras palabras (¡todo se sabe!) mirando al ex-alcalde en el blanco de los ojos:—Créanme ustedes, señores, los reyes, difuntos y todo, tienen á veces una manera... desdeñosa de castigar á los farsantes que se atreven á procurarse el hipócrita deleite de compadecerlos.

A estas palabras el dignísimo señor Redoux, como buen entendedor, sonrió... y mudó de conversación.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM.

Las golondrinas

(CONCLUSIÓN)



Cuando llega el momento de la emigración al África, golondrinas jóvenes y viejas se juntan en grandes bandadas, en los cañaverales de los estanques y lagunas, hasta que toman el vuelo por la tarde, después de la puesta del sol, obedientes á una señal que dan las más viejas. Algunas, por causas desconocidas ó por accidentes que les sobrevienen, se quedan entre nosotros durante el invierno, como sucede también á las codornices, y á algunas otras aves de paso. Spallanzani, en su viaje por las dos Sicilias, cita varios ejemplos. Los principales enemigos de las golondrinas son algunos halcones, especialmente los jerifaltes, y en nuestras habita-

ciones las ratas, los ratones, las comadreas y demás alimañas de esta especie. El hombre suele respetarlas, sobre todo los habitantes de las aldeas y de las casas de campo, no así los de las grandes ciudades. En Madrid, por ejemplo, casi no se ven golondrinas más que en el estanque del Retiro ó en los despoblados, al revés que en Sevilla, en cuyas casas abundan, á pesar de los toldos de los patios y de la costumbre de vivir el verano en los pisos bajos. La moda de los sombreros, que tan poco favorece á las mujeres cuando se compara con la mantilla española, ha sido fatal á las inocentes golondrinas en los últimos años, porque la costumbre de adornarlos con aves, ha hecho perecer millares de ellas, unas veces en su estado y con sus colores naturales, y otras transformadas por el arte en aves desconocidas y completamente inverosímiles. Pero hay que bajar la cabeza, porque la moda lo manda y sobre todo la moda de Francia. Brehm, en su obra sobre las aves, afirma citando pruebas, que algunas golondrinas han vivido cautivas años enteros, alimentándolas como á los ruiseñores. No es esto, sin embargo, lo ordinario, porque necesitan muchos cuidados, y por regla general mueren á los pocos días de cautiverio.

El vencejo habita en los mismos países que la golondrina, aunque no sube tanto hacia el Norte. En la Siberia, si hemos de atenernos al testimonio de algunos viajeros dignos de crédito, á pesar de su grande extensión abunda sobremanera, emigrando al centro de Africa y al mediodía de Asia, en cuyos parajes vive durante el invierno. Nos visita algunos días después que la golondrina, dejándonos también mucho más tarde, puesto que en Andalucía se ven en Octubre y hasta en los primeros días de Noviembre. Viven aisladamente, no en bandadas más ó menos numerosas, como sucede en la época de su emigración, en los países cálidos en la estación del otoño. Es menos sociable y menos familiar que la golondrina, habitando casi siempre en los grandes edificios, sobre todo en los que se hallan aislados, y de aquí que en Madrid se observen principalmente en el Palacio Real, en el Ministerio de la Gobernación, en la Puerta de Alcalá y en otras construcciones análogas. Su vuelo es algo más lento que el de la golondrina y el avión, y no tan irregular como el de ambos, viéndosele muchas veces con las alas extendidas, sin agitarlas con la precipitación y la violencia que las otras dos especies, con las cuales no se confunde casi nunca, ni para viajar ni para la construcción de sus nidos. Generalmente vuela más alto que la golondrina ordinaria. Se supone que su alimento es igual al de las demás golondrinas, ignorándose también si, como ellas, caza á grande altura insectos desconocidos. Abstiénese asimismo de los que están armados de aguijón venenoso, demostrándolo así el testimonio de Nauman, que cita el hecho de haber dado una abeja á un vencejo, que murió á los pocos instantes. Aunque por lo común anida en los edificios, como antes hemos dicho, utiliza también las montañas, en cuyas



anfractuosidades y peñascos se establecen en ocasiones numerosas colonias. Tardan unos quince días en construir sus nidos, semiesféricos y de abertura muy pequeña, acumulándose muchos en los mismos parajes, y regresando á ellos cada año

las parejas que los hicieron. Su entrada es muy pequeña y de forma circular, no excediendo nunca en su tamaño del volumen de su cuerpo. La hembra hace dos ó tres puestas, de cuatro á seis huevos cada una, muy blancos y de cáscara muy delgada. Los padres crían á sus hijuelos como las demás especies, favoreciéndoles el tiempo seco y perjudicándoles las lluvias, aconteciendo á veces que, si se adelantan los fríos, abandonan los padres los pequeños que se encuentran en los nidos muertos de hambre. A pesar de esto, el cariño á su progenitura es aún más acendrado que el de las demás especies, citándose casos de arrojarlos los padres en las llamas por cumplir la obligación de dar de comer á sus hijos. Los polluelos vuelan ya á los diez y seis días de nacer, regresando por la noche á su nido, en donde se recoge toda la familia, á veces en número de cuatro ó seis, y siendo difícil de comprender las trazas de que se valen para no ahogarse en un espacio tan reducido. Los vencejos nuevos suelen equivocarse de nido, en cuyo caso reciben amonestaciones tan contundentes que no vuelven á incurrir en su yerro.

Spallanzani refiere un suceso curioso ocurrido con los vencejos en el convento de capuchinos de Vignolo, situado á 15 millas de Módena. Estos religiosos tenían la costumbre de regalar cada año á un vecino de la ciudad citada dos ó tres docenas, que cogían en los nidos del convento, aprovechando la noche para cazarlos. Una vez el encargado de llevarlos á Módena se puso en marcha inmediatamente después de su captura, y, por su torpeza ó por un accidente cualquiera, los dejó escapar antes de llegar á su destino. El primer uso que hicieron de su libertad fué volver á Vignolo, adonde llegaron antes de romper el día, y en el momento en que los capuchinos estaban congregados en el coro. Los gritos y la algazara de estas aves alrededor del convento y á una hora en que no acostumbraban hacerlo, excitaron la curiosidad de los religiosos que, habiendo visitado los nidos que despoblaron la víspera, se admiraron de verlos ocupados como antes. Es de suponer, por tanto, que entre los vencejos nuevos, cogidos por los capuchinos, había algunos adultos, padres ó madres, que guiaron á los demás, orientándose en el país á pesar de la oscuridad de la noche.

El jerifalte y el esmerejón, los buhos y lechuzas, las comadreas, las ratas y los ratones les hacen una guerra á muerte, aunque ningún enemigo es para ellos tan molesto como el gorrión. Su única defensa es, como indicamos antes, hacer al nido una abertura tan estrecha, que no pueda penetrar el usurpador, porque si no tropieza con este obstáculo, sin hacer caso alguno del terror y de los espavientos de las miserables despojadas, se introduce dentro del hogar conyugal, recibe á picotazos á sus desolados dueños, apropiándose el nido ajeno sin miedo y sin vergüenza, y en ocasiones comiéndose los huevos y matando á picotazos á los pequeñuelos.

De propósito hemos omitido los distintos métodos empleados para cazar á estos inocentes animales, que tantos servicios nos prestan y que tan acreedores son á nuestro amor y protección. Sin embargo, no nos parece inoportuno decir algo de los nidos de golondrinas salanganas, que, como es sabido, son uno de los manjares más apetitosos para los chinos.

Por largo espacio de tiempo se ha ignorado por completo la naturaleza y composición química de estos nidos, que se pagan á precios fabulosos por los gastrónomos del Celeste Imperio, y que son uno de los platos obligados en los banquetes ostentosos. No sólo se desconocía particu-

larmente la causa de la afición que los chinos les manifiestan, sino hasta el lugar ó los lugares en donde se cosechaban las aves que los construían y los parajes determinados en donde sólo podían encontrarse, explicándose ahora esto porque las autoridades consultadas sobre la materia eran viajeros poco escrupulosos y veraces ó gentes desprovistas de instrucción y llenas de preocupaciones. No es de extrañar, por tanto, que se hayan emitido diversas opiniones sobre este asunto, más ó menos destituidas de fundamento, ya que unos suponían que los materiales de su construcción eran unas algas ó fucos empleados por las golondrinas, otros que la carne de ciertos pulpos preparada convenientemente por ellas, y hubo algunos, por último, que atribuían las propiedades succulentas de esos nidos á sustancias gelatinosas diseminadas en la superficie del mar, semejantes al *spermaceti* ó á la freza de algunos peces. Las investigaciones de Bernstejn, basadas en el examen químico de esos nidos, y en observaciones recientes hechas por navegantes modernos más ilustres y concienzudos, han rasgado ya el velo que cubría este problema, resolviéndolo en lo más sustancial, aunque no en todos sus detalles.

La golondrina que lo construye es muy parecida á la nuestra, aunque habita de preferencia en las islas asiáticas de la Sonda. Los materiales de que se vale para construirlos, no son otros que su propia saliva, secreción que se desarrolla extraordinariamente en estas aves en la época del celo, muy parecida á goma arábica disuelta y espesa, y que, como ésta, posee propiedades en sumo grado aglutinantes. La anatomía de muchas de estas aves en el tiempo de sus amores, lo ha demostrado así sin dejar lugar á dudas.

El sitio elegido para la construcción de sus nidos es ordinariamente la pared interior de ciertas cavernas peñascosas, casi inaccesibles, que se hallan en las costas de estos mares. Las bocas de muchas de estas cavernas desaparecen en la pleamar, y las golondrinas, durante el flujo, aprovechan la retirada instantánea de las olas para penetrar en ellas. Una vez en lo interior de las mismas, y señalado el paraje en donde han de fabricarlos, comienzan trazando con la lengua una figura de herradura, base de su obra. Como la sustancia que segrega su boca se solidifica en seguida, les sirve de punto de apoyo y de cimiento para proseguir su trabajo, hasta formar una cavidad suficiente para albergar la nueva prole.

Los holandeses, en la isla de Java, explotan estos nidos de una manera algo parecida á la que se usa en Islandia para la cosecha de las plumas de los patos llamados *eider*. Suspéndese una cuerda de un árbol ó de otro apoyo sólido, y por ella bajan los naturales, que se dedican á esta faena, no exenta, como es fácil de comprender, de gravísimos peligros. La cosecha se remite luego á la China, en cuyo imperio, según afirman los viajeros, entran anualmente muchos millones de nidos, representando un valor de unas trescientas mil libras esterlinas.

Los datos expuestos hasta ahora sobre estas interesantes avejillas, compendiados hasta el extremo, porque de otro modo ocuparían lugar desmesurado, serían incompletos, sin embargo, si no termináramos este artículo haciendo algunas ligeras reflexiones que constituyen su verdadero y esencial complemento. De la observación de la naturaleza, cuando se hace sin preocupaciones, se obtienen verdades y enseñanzas útiles, que fortalecen nuestras creencias, y que, bien aprovechadas, nos hacen mejores de lo que somos. El Creador de todos los seres, al sacarlos de la nada, hubo de proponerse, con su inteligencia

infinita, fines que nosotros ignoramos, pero que, atendiendo á su divino Autor, han de llevar también su inmensa grandeza. Cada ser creado ha de llenar una misión en este mundo, y todo él, en su conjunto como en sus partes, ha de acomodarse á su objeto. El estudio de lo particular y de lo aislado, laberinto en que se pierden tantos sabios, no debe hacernos olvidar nunca la totalidad del universo, el papel que cada cosa ha de representar en él, y las relaciones que los seres creados tienen entre sí, como instrumentos de otra causa más alta.

A la golondrina ha tocado, pues, la obligación de contener en sus límites debidos el número infinito de los insectos, que, sin ellas y otros causantes de su destrucción, en vez de elementos de orden, lo serían de desorden y de ruina en la naturaleza. Todos sus órganos, la disposición de ellos, su vida y costumbres están dirigidas á este objeto primordial. Su pico, de enorme abertura, su saliva aglutinosa, su vista extraordinaria, la agilidad y la constancia admirable de su vuelo y la voracidad de su apetito dan á entender con toda claridad el estrago formidable que hacen en el mundo de los insectos. Su cabeza aplastada, la suavidad de sus plumas y la escasísima superficie que ofrece su cuerpo volando, la acomodan con la mayor perfección al destino que se le ha señalado sobre la tierra.

El papel de insecticida, que ha tocado á la golondrina, explica también la veneración de que es objeto en todos los pueblos, sean cuales fueren sus creencias, y las tradiciones piadosas que corren sobre ellas, y que se fundan conocidamente en los beneficios que dispensan al género humano. La ciencia y la tradición se hallan, pues, de acuerdo para que protejamos á estas aves, en vez de ofenderlas ó destruirlas, ya que la misión que desempeñan nos toca tan de cerca y tanto nos interesa. Las poblaciones en donde abundan, son más hospitalarias y de mejores costumbres que aquellas otras que las ahuyentan ó las persiguen. Es, pues, un deber nuestro dispensarles nuestro amor, no sólo porque nos conviene, sino también porque los alardes de crueldad con animales inocentes que nos favorecen, demuestran evidentemente maldad en nuestro corazón y perversidad vituperable en nuestros instintos. La confianza que nos muestran, viviendo en nuestra compañía, frecuentando nuestras casas, haciéndonos testigos de sus juegos, de sus amores y de sus cuidados paternos, y depositando en nuestras viviendas las prendas más queridas de su cariño, nos imponen la obligación moral de corresponder digna y humanamente á su confianza. Así se comprende que sólo falten á ella la glotonería de los chinos, que destruye sus nidos por millones, ó la voracidad, aún mayor y más sin conciencia de la moda, que las ha sacrificado sin piedad á sus caprichos.



E. DE MIER.



EL TOQUE DE ORACIÓN.— CUADRO DE JOSÉ WOPFNER

El maldiciente

ESE conde Cabreruelo
 con el Rey come á la mesa,
 ¡oh! ¡cuán mal que se abaldona
 á toda mujer ajena!
 Apuesta que no hay ninguna,
 ¡ved cuán mal pensada apuesta!
 si le escucha dos razones,
 que de amores no la venza.
 Como el amor atrevidas,
 como la fortuna ciegas,
 como el honor peligrosas,
 como la mentira inciertas,
 así jura que son todas:
 ¡Falsa jura! ¡injusto tema!
 La Reina, que tal escucha,
 dió sañuda tal respuesta:
 —Todas malas no es posible,
 ni es posible todas buenas:
 yerbas hay que dan la vida,
 y quitan la vida yerbas.
 Traidores hombres del mundo
 han hecho traidoras hembras.
 Dellos aprendieron culpas
 si culpas cometen ellas.
 Ellos hablan, ellas oyen,
 y de mentiras discretas
 dichas hoy, dichas mañana,
 ¿quién habrá que se defienda?
 Favorecidos se alaban,
 disfaman si los desprecian;
 la que los escucha es fácil,
 la que no les habla es necia.
 Cuantas nacen, cuantas viven,
 por agüero de su estrella,
 al que menos las merece
 se inclinan con mayor fuerza.
 Muchas quejas, muchos dones,
 ¡qué mucho que á muchas prendan!
 Ejemplo es la piedra dura,
 que agua continua la mella.
 Enmendaos, amigo conde,
 y de hoy más las damas sean
 vuestro honor, no vuestro ultraje,
 vuestra paz, no vuestra guerra;
 levantad la parte humilde,
 que es hazaña de alta empresa:
 todos de mujer nacimos,
 volvamos todos por ellas.

(DEL ROMANCERO GENERAL).

Limpios y amarrados

(EN TOLEDO)

Los aspirantes á ingreso en la Academia General Militar, por su grado de suficiencia, se dividen á sí mismos en *limpios* y *amarrados*.

En el argot del cadete y del aspirante, *limpio* significa carencia de conocimientos; cerebro que, como en el papel blanco, nada se ha escrito todavía.

Amarrado, y también *apistonado*, significa todo lo contrario.

Entre el *amarrado* y el *limpio* hay una serie continua de gradaciones difíciles de caracterizar, pero los extremos



de esa serie tienen señales tan típicas, tan precisas, que se les distingue á la simple vista y mucho antes de que abran la boca.

Véase cómo.

El *limpio* toma la papeleta que le cupo en suerte; marcha lentamente al encerado y allí la lee y vuelve á leer repetidas veces, porque en ella encuentra algo que no le suena, que nunca oyó en clase ni vió en el índice del autor de texto.

Por su mente pasa la idea de la reclamación ante la autoridad competente, suponiendo que aquella teoría, para él nueva, no se pide. Pero no tiene seguridad y se aguanta.

Alza la cabeza; mira al encerado y no le parece que salió suficientemente limpio de manos del ordenanza. Toma la esponja ó bayeta y, frota que frotarás, lo deja bruñido.

Empieza á escribir, con muy buena letra, el cálculo á la altura de su nariz, todo lo más. Casi se tocan la punta de la nariz, la tiza y el encerado. Borra luego los dos rengloncitos escritos y los vuelve á escribir con mejor letra, si cabe; y cuidado que la anterior era buena.

El *limpio* es excesivamente pulcro en la construcción de figuras geométricas. Ninguna línea recta queda hecha de primera intención. La traza despacio y, aun cuando le salga perfecta, la borra y vuelve á trazar más larga, más corta, más ancha, más delgada ó con otra inclinación.

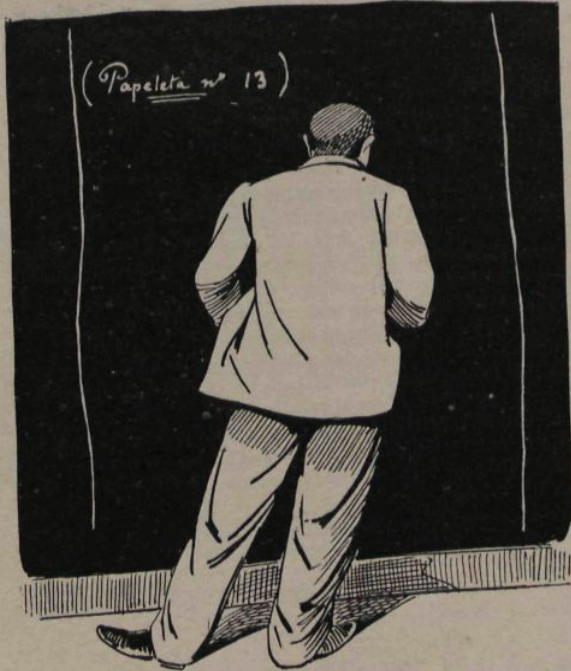
Pero llega un momento en que se le viene á las mientes el inevitable *batacazo*, el disgusto consiguiente de sus padres, la vergüenza (que la tiene aunque blasone de lo contrario) de presentarse sin el uniforme en el pueblo y tal vez ante su novia... Por muy terne que quiera ser, el *limpio* desmaya y entra en el período del sopor.

Apoyado sobre la pierna derecha; metida la mano izquierda en el bolsillo del pantalón; rascando con el índice el yeso que conserva entre los otros dedos de la derecha, mientras mira las partículas que desprende, hay un momento en que su imaginación se reconcentra en aquel trozo de tiza, como si el universo entero estuviera reducido tan sólo á yeso para encerados.

¿Quién no conoce al *limpio* en esta posición?

Su silueta tiene algo así como de pájaro enfermo ó de sauce.

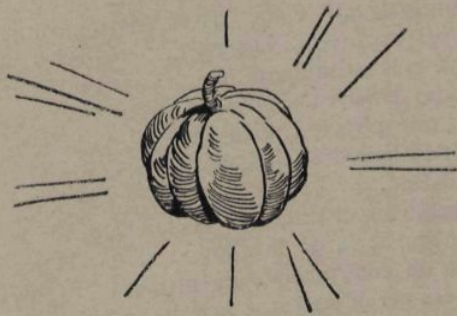
Es un joven en lá menor.
De su inmovilidad le saca la voz de un vocal que, conociendo la situación del aspirante, le dice con el tono más dulce y cariñoso posible:
— Señor de Polinomio... ¿Se siente usted indispu-



to? ¿Quiere sentarse un rato y meditar mientras descansas?

— No... recuerdo, contesta el chico.

Deliberan en voz baja vocales y presidente y, como resultado, el examinando obtiene el permiso para retirarse de examen.



En la puerta le esperan dos ó tres amigos, tan limpios como él, que le acompañan en el sentimiento.
El duelo se despiden en el Zocodover.

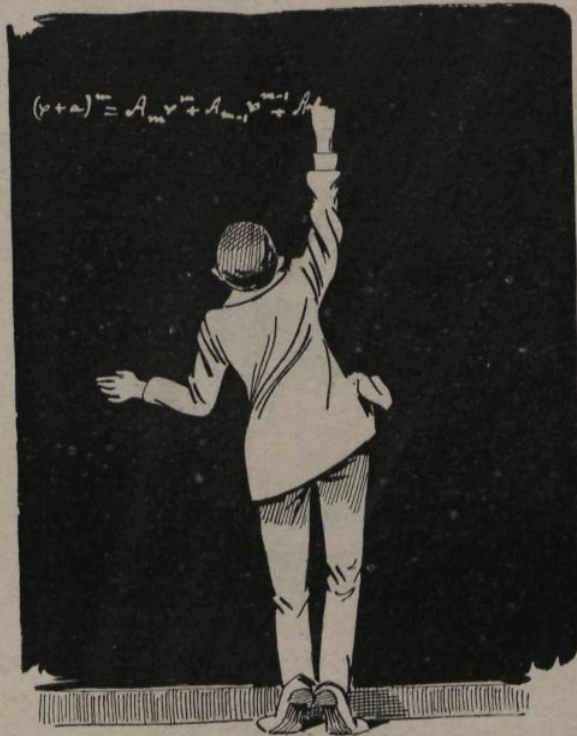
* *

El *amarrado* ya es otra cosa.
No es ningún grandullón sino un simpático niño de ojos grandes y separados de su naricita.
Se presenta decentito, pero no elegante.
Chaqueta gris, chaleco gris más oscuro y pantalón de un gris entre el de la chaqueta y el chaleco. Se comprende que pronto quiere dejar el terno que viste y por eso no se ha querido hacer otro.

En un periquete se entera del contenido de la papeleta. Sin fijarse en las nebulosas de yeso del encerado empieza á escribir el cálculo arriba, muy arriba, para lo cual

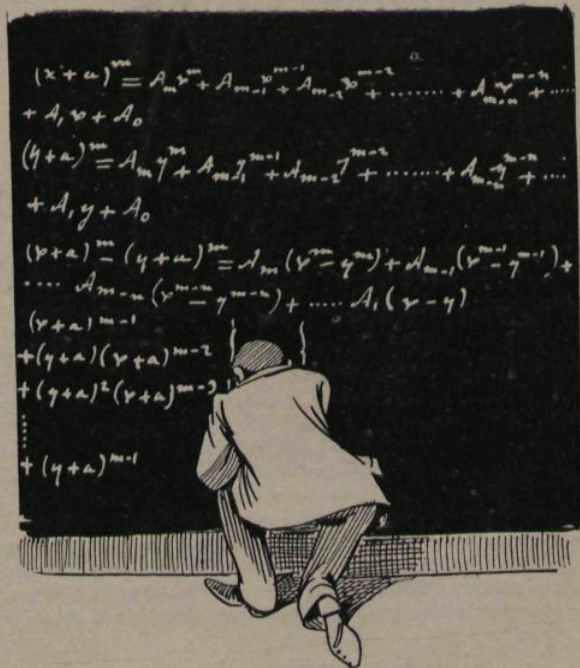
estira su cuerpecito cuanto puedé dar de sí y hasta se pone de puntillas.

Ya le falta poco para llenar la pizarra.
Se arrodilla en el suelo, sin fijarse en que se ensucia el



traje. Se levanta con yeso en los labios, rodillas, manos y cejas.

— Me falta encerado, dice al tribunal con aire de vencedor.



— Bien; puede usted ir explicando lo que tiene puesto. El *amarrado* empieza á explicar y llama la atención de todos los vocales, que le escuchan casi sonrientes de simpatía por un chiquitín que desarrolla el binomio de

Newton en una edad en que sólo se concibe el desarrollo del cordel para bailar la peonza.

La clase se ha llenado de espectadores.

El pequeño *traga-teoremas* es conocido como un *empollón* de porvenir entre sus colegas.

—Está muy bien, está muy bien, le van diciendo los examinadores.

El chico respira con toda la fuerza de sus pulmones; se engalla y acaba por contestar con cierta familiaridad científica, como de igual á igual.

Entusiasmado, explicando las muchísimas aplicaciones de los polígonos estrellados, no oye, hasta la tercera vez, la voz del presidente que le dice:

—Puede usted retirarse.

Detrás salen catorce ó quince amigos y conocidos.



Palmadas en la espalda, apretones de manos y enhorabuena.

Contra su costumbre, el *empollón* pagará esta tarde la convidada á los amigos.

Un chico de horchata ó limón con barquillos.

Que aproveche.

MELITÓN GONZÁLEZ.

NUESTROS GRABADOS

La lectura

CUADRO DE J. SANT

Interesantísima ha de ser la lectura que está haciendo una de las tres bellas jóvenes del cuadro de J. Sant, pintor inglés, á juzgar por la atención que ponen en escucharla dos de ellas y por el afán con que lee la tercera. Las expresiones, con ser iguales en el fondo, es decir, con manifestar todas la atención que las tres señoritas ponen en la lectura, son también variadas y parece que vienen á indicar el carácter de cada una de ellas. Reflexiva indica ser la que lee y que no se reduce al recorrer las páginas del libro á una mera curiosidad vulgar, antes leyendo medita los conceptos y ve el alcance y la significación que tienen. Más la curiosidad que otra cosa semeja mover á la que acerca el rostro y el cuerpo al libro como si quisiese anticiparse á la lectura de su compañera. ¡Lindísima cabeza en verdad la de esta bella joven, cabeza en la cual se nota el aire de las hijas de la Gran Bretaña! La del fondo sigue también con interés la narración ó cuento, pues tal será, sin duda, la materia del libro; mas ya lo hace con cierta calma, acaso igualmente con la reflexiva tranquilidad de la lectora. El grupo es en extremo simpático y los excelentes méritos de desempeño pictórico que existen en este cuadro, que ha figurado en una de las últimas Exposiciones de Bellas Artes, en Londres, los deja ver la reproducción que publicamos sacada directamente del original.

El toque de oración

CUADRO DE JOSÉ WOPFNER

Poético lienzo en verdad inspirado por el toque de *Angelus*, que tantas maravillas ha hecho brotar de los pinceles cristianos. ¡Qué tranquilidad reina en el lago! ¡Qué hermosa paz en el firmamento y en todo el cuadro!

Las dos Hermanas que se ven en la barca han pasado el día á la parte opuesta del lago, ocupadas en comprar provisiones para su convento y en otros menesteres en que han debido desplegar su actividad y su celo. Después de la fatiga y de la calor del día, se embarcan regocijadas para regresar al claustro, sintiendo el bienestar de aquella hora y la suave y refrescada atmósfera del lago que conforta su cuerpo. El agua parece cristal de tersura inmaculada; las orillas van perdiéndose al caer el sol, cuyos últimos rojizos rayos apenas resplandecen ya en el horizonte; la luna se levanta pálida y melancólica; quietud y reposo se sienten por todas partes. En uno de estos silenciosos momentos, en que sólo se percibe el batir del remo sobre las aguas, óyese lejana una campana que llama á la oración. Es el toque de *Angelus*, de la hermosa oración con que la cristiandad saluda todos los días á la Reina de los Cielos. Al sonar las primeras campanadas las dos Hermanas se ponen de pie y rezan: les acompañan en su rezo el pescador que va en la barca y la gentil muchacha que rema, el primero plegando sus manos y la segunda alzando el remo, para que nada perturbe la oración de la tarde. El silencio es tan profundo que sólo se nota el débil rumor de las gotas que caen del remo. Este instante ha escogido para su precioso lienzo, tan bien pensado como bien compuesto y sentido, el pintor alemán José Wopfner, de Munich. Todo es hermoso en esta obra pictórica, de la que damos una excelente reproducción; las figuras de las Hermanas, de religioso aspecto y perfectamente dibujadas; las del pescador y de la doncella, que forman dos simpáticas siluetas; el agua del lago, el celaje y el fondo que desperfila una isla dando carácter al paisaje. El que está cansado del mundo, el que busca paz para un corazón que ha sufrido mucho, puede hallar refrigerio material y moral en la placidez de un lago como el pintado por Wopfner, fiel trasunto de los que encuentra el viajero en el centro de Europa.

Mesa revuelta

La sed es la necesidad, deseo natural ó apetito de beber. La fisiología considera la sed como una sensación interna que nos advierte la necesidad de alimentos líquidos ó de bebidas. La disminución de la parte acuosa de la sangre, parece ser la causa productora de la sed. La membrana mucosa que tapiza la boca, la garganta y la laringe, es la que nos advierte, por su resección, la necesidad de sustancias líquidas, y los nervios sensitivos de estos órganos son los encargados de transmitir al cerebro este estímulo local. Todas las causas que contribuyen á gastar la parte acuosa de la sangre, ó todos los que hacen á la sangre más estimulante, contribuyen también al acrecentamiento de la sed. Por eso cuando suda ó se aumenta mucho la transpiración, bien por lo elevado de la temperatura, bien por los ejercicios á que nos dedicamos, aumenta la sed.

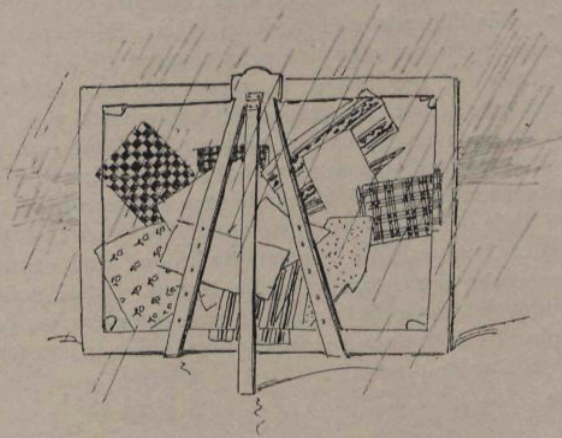
Los fisiólogos distinguen tres clases de sed: la sed propiamente dicha, la de la alimentación y la que procede por causa de enfermedad. La primera, que aparece de una manera periódica y que se presenta con más ó menos intensidad, ha sido considerada como un fenómeno puramente sensitivo y llamado local, porque se le apaga fácilmente, para lo que no es de absoluta necesidad el beber, bastando muchas veces poner en contacto de la boca ó de la laringe líquidos ó cuerpos refrescantes, ó hacer llegar á la sangre el agua por otras vías que no sean las digestivas. La segunda variedad es consiguiente á la introducción de alimentos en el estómago, á sus cualidades más ó menos estimulantes, á su cantidad y á su grado de humedad: se presenta durante la comida, y más generalmente algún tiempo después de la ingestión de los alimentos. La tercera variedad, en fin, procede del estado del mal general que proviene de la abstinencia absoluta de bebidas.

En el hombre que goza de buena salud, la sed se manifiesta por intervalos variables, que dependen, ya de la naturaleza y cantidad de los alimentos, ya del grado de

TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

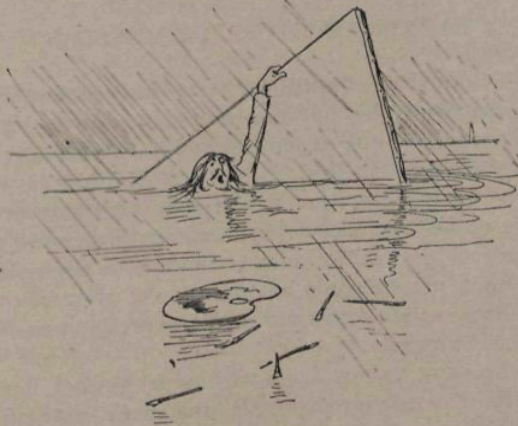
(CONTINUACIÓN)



31.—¡Y vuelta á pintar!—Bien es verdad que el tiempo se presenta amenazador... ¡pero no hay horas que perder!



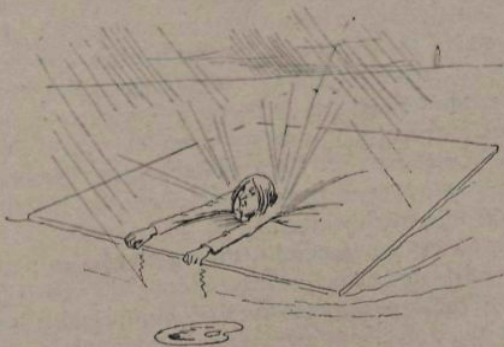
32.—Y llueve á torrentes... ¡pero tenemos ya la Exposición encima!—Y la riada invade el llano...



33.—'Todo sea por... ¡Adiós, Madrid! el agua arrastra el cuadro que á su vez arrastra al artista...



34.—...el cual cree encontrar en él una tabla de salvación.



35.—¡Tabla débil por cierto! ¡Aquí se perdió todo!



36.—Afortunadamente todo se ha salvado, ya que la riada, al decrecer, deja cuidadosamente colgados de un árbol al uno y al otro.

(Concluirá).

calor de la atmósfera y de la mayor ó menor intensidad de la transpiración cutánea. Esta sensación, siempre desagradable, si no se la satisface en seguida, se convierte pronto en una necesidad apremiante, que llega á convertirse en poco tiempo en una molestia angustiosa é insoportable; la boca y la garganta se resecan y llegan á inflamarse. La secreción de la saliva y la del mucus bucal se disminuyen ó se suspenden. Si la sed se prolonga, los labios, cada momento más secos, toman un tinte rojo; los movimientos relativos á la fonación se ejecutan con dificultad, la respiración se acelera y la especie de tormento que esta necesidad fatigante constituye se manifiesta por una inquietud más ó menos viva y por una agitación marcada en los miembros.

La sed varía con la edad. Es muy frecuente en los niños, menos en los jóvenes y menos en los adultos y en los viejos. El sexo influye también en su manifestación; es más viva y frecuente en la mujer que en el hombre.

El calor atmosférico aumenta la energía de la sed, y acelera su presentación, produciendo estos mismos efectos el aire seco. Todos los movimientos, todas las acciones conducen á un resultado análogo, y el hombre ocioso bebe mucho menos que el que tiene una vida activa. En el estado de enfermedad, la sed puede estar aumentada (*polydisia*), ó disminuída, suspendida ó abolida (*adipsia*). La sed está aumentada en gran número de enfermedades, principalmente en las afecciones febriles, la diabetes, en la mayor parte de las inflamaciones del estómago y del intestino delgado, en la hidropesía, la tisis. En otras enfermedades, por el contrario, la sed está disminuída ó anulada.

De los medios de combatir la sed trataremos otro día.

* * *

Como el célebre teólogo Abanzit tenía fama de no haberse encolerizado nunca, algunas personas se dirigieron á su criada á fin de cerciorarse de la verdad del hecho. Ésta les dijo que á pesar de hacer ya treinta años que estaba á su servicio en clase de criada, podía asegurar que nunca, durante tan largo tiempo, le había visto encolerizado. Le ofrecieron dinero para que le hiciera incomodar y lo aceptó. Sabiendo cuánto le gustaba estar cómodo en la cama, no la hizo. Apercibióse de ello Abanzit, y á la mañana siguiente hizolo notar á la criada: ésta contestó que en efecto se había olvidado, á lo cual nada contestó; aquella noche tampoco le hizo la cama y el teólogo al día siguiente repitió la observación, á lo que respondió la sirvienta con malos modos una excusa que improvisó. Por último, el tercer día le dijo: «Usted no ha hecho todavía mi cama; no parece sino que se ha propuesto no hacerla nunca, y que le molesta este servicio. Pero con todo, no hay ningún mal en ello; pues me voy acostumbrando.» Entonces la criada, arrojándose á sus pies, le confesó lo ocurrido. Este rasgo es digno de Sócrates.

* * *

Momentos antes de empezar una batalla librada por Federico II rey de Prusia, un oficial de húsares se apoderó, á la vista del monarca, de un destacamento enemigo. Contento el rey de tan buen augurio, se le acercó y abrazóle diciendo.—Os hago caballero del *mérito* y doy mil escudos, y al propio tiempo, se quitó la cruz de su pecho y se la dió.—¿Y los mil escudos? se atrevió á preguntar el húsar.—No los llevo conmigo, repuso el monarca, pero basta mi palabra.—Señor, añadió el húsar, va á tener lugar

la batalla: si V. M. la gana no es fácil que se acuerde más de mí, y si la pierde, no se hallará en estado de pagarme. Entonces el rey sacó su reloj y le dijo:—Toma, ahí tienes una prenda.—Después de la victoria, se lo devolvió y éste le hizo entregar mil escudos y le nombró teniente coronel.

* * *

Del tomate puede hacerse una confitura excelente, de gusto más delicado que la de grosellas. Se escogen los tomates más carnosos, se echa encima de ellos agua hirviendo, se machacan, se pasan por un colador de cocina para retener los granos de los tomates y se pone todo el resto en un cazo ó caldera, añadiendo un peso igual de azúcar que antes se había hecho disolver en el agua precisamente indispensable para ello, y no en más. Para darle perfume y un gusto agradable, puede añadirse al azúcar ron, vainilla ó corteza de limón. Esta confitura exige cocer dos horas y media ó tres. Puede servirse cuando el tomate haya perdido por completo su gusto propio. Es menester mientras cuece moverla constantemente, sino se quema.

Recreos instructivos

LA CONSTRUCTORA DE MUÑECAS

Así como hay chiquitines hermosos, de fino cutis y sedosa cabellera, los hay también muy poco favorecidos por la naturaleza que tienen aspecto desagradable, mirada turbia y crespos cabellos. Si se trata de muñecas debéis preferir siempre las que tienen más artístico carácter, porque en las ficciones del arte es lo bello siempre digno de admiración y cariño; mas tratándose de personas desechad toda prevención y enamoraos del alma, si es hermosa, aun cuando tenga por medio expresivo una fisonomía poco agraciada.

Dicho esto, vamos á ocuparnos de nuestra flamante industria instalada alrededor de una mesa, teniendo por director al papá, por modista á la mamá y por obreros, más ó menos hábiles, á los hermanitos y vecinos.

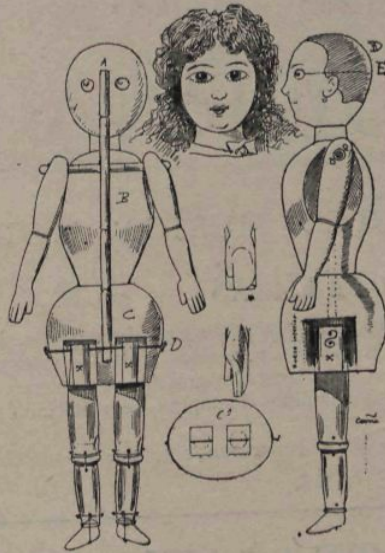
Se trata de construir una muñeca barata y que tenga cierto viso aristocrático: se puede conseguir empleando pacientemente todos los medios que indicaré, no olvidando nunca que la habilidad y paciencia del obrero suplen con ventaja las mejores herramientas: es preciso no olvidar que en Suiza los pastores labran en madera con la sola ayuda de un cuchillo tosco verdaderas maravillas de talla; relojes, estatuítas, grupos de flores, aves y peces, y un sin fin de objetos útiles y curiosos salen de manos de esas gentes sencillas para ir á los grandes centros comerciales donde se pagan á buen precio y son objeto de los elogios de las personas inteligentes.

Las muñecas son generalmente moldeadas en pasta de cartón piedra, formada por una mezcla de yeso y papel reducido á pasta por la maceración y compresión; las hay también de porcelana, pero éstas son frágiles y caras. Nuestra muñeca será exclusivamente campestre y no por esto carecerá de cierta gracia: las flores del campo tienen el color tan encendido como las de invernadero, aunque sean más humildes.

Podemos tomar como primeras materias las siguientes:

cañas de diferentes calibres, bien rectas, para formar el armazón A; luego varias horquillas para asegurar las cañitas: estas horquillas deben ser de alambre cocido, pues de no ser así se romperían al doblarlas.

El cuerpo, ó busto, formado de dos piezas, puede ser de madera blanda como el chopo; también se emplea con el mismo objeto un nabo seco, suficiente voluminoso para



darle la forma indicada en B y C. Para impedir que se deforme se le da una capa de yeso desleído en cola dejándolo secar bien antes de manejarlo. La cabeza se modela en otro esferoide de nabo ó en un corcho grande de los que sirven para tapar toneles, pero cegando los agujeros con la pasta de yeso y cola. Las piernas se forman enchufando cuatro cañas de diferente diámetro, unidas á los huecos sacados en el plano C^A. El dibujo que acompaña estas indicaciones nos dispensa de dar más detalles sobre la construcción en general.

Para abrir los agujeros en la madera y en la caña, se enrojece al fuego una aguja de hacer calceta, asiéndola con un trapo para no quemarse, y se va pasando en el punto que se quiere abrir.

Después que se ha asegurado bien el armazón con horquillas, hilo fuerte y un trozo de aguja de hacer calceta D, se procede á terminar la cabeza, que es lo más importante: encima de la primera capa de yeso, alisado con polvos de piedra pómez, se da otra mano de blanco mezclando con él un poco de bermellón para que imite el color de carne, poniendo en el sitio de las mejillas más bermellón y fundiéndolo con un pincelito seco. En el sitio de los ojos se clavan dos alfileres de cabeza de cristal, azules si la muñeca ha de ser rubia, ó negras si ha de ser morena. Luego se traza la forma de la nariz y la boca con bermellón rebajado; con amarillo, negro y blanco mezclado, se perfilan las cejas y pestañas: se llenan con blanco los cuatro triángulos que forman los ojos, y ya sólo falta colocar la peluca; si se quiere dar un baño de cera á la cara se pueden hacer fundir bujías en el baño maría, ó sea en un pequeño puchero metido en otro grande lleno de agua y expuesto al fuego; cuando se han fundido las bujías se quitan las mechas y se sumerge la cabeza de la muñeca, volviéndola á sacar en seguida, procurando que no gotee; la esperma debe cubrir enteramente la cabeza y ésta se sumergirá de modo que la cara vaya arriba para que las gotas queden en la parte posterior y puedan cubrirse con la peluca. Ésta se forma con el biso del maíz,

en el cual se hallan todos los tonos del cabello. Se forma un casquillo de papel delgado y fuerte que ajuste con el cráneo de la muñeca en el sitio señalado E, y luego se pegan con cola las guedejas, partiendo de la frente abajo y del centro hacia los lados.

Los demás detalles van indicados en el dibujo, y si este sistema de fabricación de muñecas no es sencillo, me habré equivocado mucho.

He de advertiros que entre otras cosas he fabricado también muñecas y conozco el paño; lo difícil es pintar las facciones, pero se consigue buen resultado con paciencia y ensayando antes en otras superficies convexas, como por ejemplo, las de las patatas.

Para recomponer las muñecas que han recibido algún coscorrón, pueden servir las indicaciones anteriores; y en todo caso se pegan con cola algo enfriada las grietas, se sujetan las partes separadas dando vueltas á la herida con bramante, se pule luego la cicatriz con polvos de piedra pómez y se pinta como el resto.

Otro día daremos indicaciones para construir monigotes caprichosos; la variedad que debe darse á esta sección de recreos instructivos nos obliga á alternar los pasatiempos.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

CO-RA-CE-RO

CHARADA

Llevan con distinto fuero
Una tres, dama y guerrero,
Hace dos dos prima prima
A su mamá dando grima.
Tres, una, y hasta dos tres
En un buque oyes y ves.

CUADRO MÁGICO



1.º Sustituir los puntos por letras hasta leerse: En la parte superior, *tela de seda*; Vertical derecha, *emanación agradable*; Id. izquierda, *pendencia*; Parte inferior, *afecto*. 2.º Crúcense las letras de los dos ángulos de modo que se lea: Parte superior, *nombre de mujer*; Vertical derecha, *planta tintórea*; Id. izquierda, *ser obtuso*; Parte superior, *adjetivo*.

Comunicado por don ÁNGEL SUERO, de Sevilla.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondientes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Velada**, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales. Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



VIAJES, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MÚSICA, MODAS

SEMANARIO DEDICADO Á LAS FAMILIAS

LA ILUSTRACIÓN MODERNA se publica semanalmente por cuadernos de treinta y dos grandes páginas, impresas en excelente papel glaseado, tipos elzevirianos fundidos ex profeso, y adornadas con numerosos y selectos grabados intercalados en el texto. Á fin de dar mayor variedad y riqueza á la publicación, en algunos números se intercalarán grabados en colores.

Á cada número acompaña una preciosa lámina suelta de gran tamaño, ó dos láminas de página, reproducción de las más celebradas obras de los artistas contemporáneos.

A pesar del lujo y esplendor de esta publicación y de los magníficos regalos que se repartirán, sólo cuesta cada cuaderno DOS REALES EN TODA ESPAÑA

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^a, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^a — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^a — Málaga; don Luis Duarte.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE
HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINO, 18 bis. — BARCELONA